



# DULCE, TENTACIÓN

*Era encantadora y demasiado joven*

*Autora best seller del USA Today*

Cora Reilly

CHIC 

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



# **Dulce tentación**

**Cora Reilly**

**Traducción de Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego**



# Contenido

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Epílogo

*Agradecimientos*  
*Sobre la autora*

# Página de créditos

## *Dulce tentación*

V.1: Enero, 2022

Título original: *Sweet Temptation*

© Cora Reilly 2020

© de la traducción, Yuliss M. Priego y Tamara Arteaga, 2022

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2022

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Hang Le

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-66-0

THEMA: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# ***Dulce tentación***

**Era encantadora y demasiado joven... ¿Podrá él resistirse a esa dulce tentación?**

**C**assio es un capo de la mafia que domina con mano de hierro la ciudad de Filadelfia. Cuando su mujer muere y se queda al cuidado de sus dos hijos pequeños, Cassio necesita una nueva esposa que les haga de madre. La elegida es Giulia, una joven adorable, pero también insolente que apenas supera la mayoría de edad. Cassio deberá poner todo su empeño si quiere resistir ante la dulce tentación que es Giulia...

**Llega Cora Reilly, autora *best seller* del *USA Today***

«Cora Reilly es la mejor escritora de *mafia romance* de nuestra generación. Cassio y Giulia me han cautivado.»

L. J. Shen, autora *best seller*

# Prólogo

## Cassio

**M**iré mis manos cubiertas de sangre y, después, el cuerpo sin vida de mi mujer. Cerré la puerta despacio, por si a Daniele le daba por volver. No tenía por qué regresar a ver esto. Las rosas rojas que la asistenta había comprado para Gaia como regalo de nuestro octavo aniversario estaban aplastadas junto al cuerpo sin vida. Rosas rojas, a juego con la sangre que manchaba las sábanas y su vestido blanco.

Cogí el móvil y llamé a mi padre.

—Cassio, ¿no habías reservado para cenar con Gaia?

—Gaia está muerta.

Se produjo un silencio.

—Repíte eso.

—Gaia está muerta.

—Cassio...

—Necesito que alguien venga a limpiar esto antes de que los niños lo vean. Mándame a un equipo de limpieza y avisa a Luca.

# Uno

## Cassio

Cuando tu mujer muere, se espera que sientas tristeza y desesperación, pero yo solo sentí rabia y resentimiento al ver el ataúd descendiendo en el interior de la tumba.

Gaia y yo llevábamos casados ocho años. El día de nuestro aniversario, la muerte acabó con nuestro matrimonio. Un final adecuado para una relación que había estado condenada desde el principio. Tal vez fuera cosa del destino que ese fuese el día más caluroso del verano: el sudor perlaba mi frente y mis sienes, pero no parecía que las lágrimas fueran a unirse a la fiesta.

Mi padre me apretó el hombro. ¿Para evitar derrumbarse él o para que no lo hiciera yo? Su piel se había tornado pálida desde su tercer infarto, y la muerte de Gaia tampoco había ayudado. Me miró a los ojos, preocupado; los suyos estaban nublados por cataratas. Parecía más marchito a cada día que pasaba. Y, cuanto más se debilitara él, más fuerte tendría que ser yo. Si parecías vulnerable, la mafia te comía vivo.

Le dediqué un ligero asentimiento y me volví de nuevo hacia la tumba con expresión imperturbable.

Todos los segundos de la *famiglia* estaban presentes. Hasta Luca Vitiello, nuestro capo, había venido desde

Nueva York con su mujer. En los rostros de todos, el gesto solemne: máscaras perfectas, como la mía. No tardarían en venir a darme el pésame, a susurrarme falsas palabras de consuelo, tan pronto como los rumores acerca de la prematura muerte de mi esposa comenzaran a propagarse.

Me alegraba que ni Daniele ni Simona fueran lo bastante mayores para entender nada de lo que se decía. No eran conscientes de que su madre había muerto. Con dos años, Daniele ni siquiera alcanzaba a comprender el significado y la extensión de la palabra *muerte*. Y Simona... se había quedado sin madre con tan solo cuatro meses de edad.

Una nueva oleada de furia recorrió todo mi cuerpo, pero logré apaciguarla. Pocos de los hombres que me rodeaban eran amigos; la mayoría solo buscaba en mí algún indicio de debilidad. Yo era un joven segundo de la mafia; demasiado joven a ojos de muchos, pero Luca confiaba en mí para gobernar Filadelfia con mano dura. Y yo no iba a decepcionarlo; ni a él, ni a mi padre.

Tras el funeral, nos reunimos en mi mansión para el almuerzo. Sybil, la asistente, me tendió a Simona. La pequeña se había pasado toda la noche llorando, pero en ese momento dormía profundamente en mis brazos. Daniele se aferró a mi pierna, confuso y perdido. Era la primera vez que buscaba mi cercanía desde la muerte de Gaia. Sentía las miradas de compasión sobre mí y a mi alrededor. Solo, con dos niños pequeños, un segundo tan joven...; todos buscaban lo mismo: cualquier grieta en mi fachada, por mínima que fuera.

Mi madre se acercó con una sonrisa triste y tomó a Simona de mis brazos. Se había ofrecido a cuidar de mis hijos, pero tenía sesenta y cuatro años y ya se ocupaba de mi padre. Mis hermanas se congregaron a nuestro alrededor y arrullaron a Daniele. Mia lo cogió en brazos y lo estrechó con fuerza contra su pecho. Ellas también me

habían ofrecido su ayuda, pero todas tenían hijos propios a los que cuidar y, a excepción de Mia, tampoco vivían cerca.

—Se te ve cansado, hijo —comentó mi padre con voz queda.

—No he podido dormir mucho estas últimas noches.

Desde la muerte de su madre, ni Daniele ni Simona habían dormido más de dos horas seguidas a la vez. La imagen del vestido ensangrentado de Gaia cruzó mi mente, pero la aparté enseguida.

—Deberías buscar otra madre para tus hijos —dijo mi padre, que se apoyaba pesadamente en su bastón.

—¡Mansueto! —exclamó mi madre por lo bajo—. Acabamos de enterrar a Gaia...

Él le palmeó el brazo, pero me miró a mí. Sabía que yo no necesitaba llorar a Gaia, pero debíamos mantener el decoro. Eso sin mencionar el hecho de que yo no estaba muy seguro de querer a otra mujer en mi vida. Sin embargo, lo que yo quisiera era irrelevante. Todos y cada uno de los aspectos de mi vida habían sido dictados por férreas reglas y tradiciones.

—Los niños necesitan a una madre, y tú también necesitas a alguien que cuide de ti —insistió mi padre.

—Gaia nunca cuidó de él —murmuró Mia.

Ella tampoco había perdonado a mi difunta esposa.

—Este no es ni el momento ni el lugar —la corté.

Ella cerró la boca de golpe.

—Imagino que ya tendrás a alguien en mente para Cassio —le dijo Ilaria, la mayor de mis hermanas, a mi padre.

—No habrá capitán o segundo con hija casadera que no haya hablado ya con papá —dijo Mia en voz baja.

Mi padre todavía no me había comentado nada al respecto, porque sabía que yo no le habría escuchado. Sin

embargo, probablemente Mia tuviera razón. Yo era un partidazo: el único segundo soltero en la *famiglia*.

Luca y su mujer, Aria, se aproximaron. Pedí silencio a mi familia con un gesto. Luca me estrechó la mano de nuevo y Aria sonrió a mis hijos.

—Si necesitas alejarte de tus obligaciones por un tiempo, dímelo —propuso él.

—No —le espeté.

Si renunciaba entonces a mi posición, jamás la recuperaría. Filadelfia era mi ciudad, y sería yo quien mandara sobre ella.

Luca inclinó la cabeza.

—Sé que no es un buen día para tratar estos asuntos, pero mi tío Felix ha hablado conmigo.

Mi padre asintió, como si supiera qué era lo que Luca iba a decir.

—Es una idea razonable.

Hice un ademán con el brazo para que me siguieran al jardín.

—¿De qué se trata?

—Si no conociera las circunstancias de la muerte de tu esposa, no habría sacado el tema hoy. Es irrespetuoso.

Luca solo sabía lo que yo le había contado.

Mi padre negó con la cabeza.

—No podemos esperar el año habitual. Mis nietos necesitan una madre.

—¿Qué querías tratar conmigo? —pregunté a Luca, cansado de mi padre y de que supiera de qué iba el tema sin haberme dicho nada.

—Mi tío Felix tiene una hija que no está prometida a nadie; podría ser tu esposa. Una unión entre Filadelfia y Baltimore fortalecería tu poder, Cassio —explicó Luca.

Felix Rizzo gobernaba Baltimore como segundo. Se había ganado el puesto al casarse con una de las tías de

Luca —y no porque fuera bueno en su trabajo—, pero era un hombre tolerable. No recordaba a su hija.

—¿Por qué no la ha casado todavía?

Como hija de un alto cargo sin vínculos consanguíneos con la *famiglia*, la chica debería llevar años prometida a alguien de dentro..., a menos que tuviera alguna tara.

Luca y mi padre intercambiaron una mirada que hizo saltar todas mis alarmas.

—Estuvo prometida al hijo de un capitán, pero lo mataron el año pasado en un ataque de la Bratva.

Mi padre reparó de inmediato en mi expresión preocupada y añadió:

—Ella no lo conocía. Solo lo había visto una vez, cuando tenía doce años.

Había más.

—Podrías casarte con ella a principios de noviembre. Así, la boda no estaría tan próxima al funeral de Gaia.

—¿Por qué noviembre?

—Es cuando cumplirá los dieciocho —reveló Luca.

Los miré fijamente a ambos. ¿Habían perdido la cabeza?

—¡Le saco casi catorce años a esa niña!

—Dadas las circunstancias, es la mejor opción, Cassio —imploró mi padre—. El resto de hijas de altos cargos disponibles son todavía más jóvenes, y dudo mucho que quieras casarte con una viuda, teniendo en cuenta tus experiencias pasadas.

Endurecí la expresión.

—Hoy no es el día adecuado para hablar de este tema.

Luca inclinó la cabeza.

—No lo pospongas demasiado. Felix quiere encontrarle un marido a Giulia lo antes posible.

Asentí bruscamente y regresé dentro. Mi madre estaba tratando de calmar a Simona, que había empezado a llorar, y Mia salía del salón con Daniele en pleno berrinche.

Necesitaba una esposa. Y, sin embargo, ese día no tenía la energía mental suficiente para tomar esa clase de decisión.

\* \* \*

Faro me entregó un martini antes de hundirse en el sillón que quedaba frente al mío en mi despacho.

—Tienes un aspecto de mierda, Cassio.

Le dediqué una sonrisa tensa.

—Otra noche sin dormir.

Me lanzó una mirada desaprobadora mientras daba un sorbo a su copa.

—Dile que sí a Rizzo. Necesitas una esposa, y podrías tenerla en menos de cuatro meses. Él se muere por tenerte en su familia y salvar así su penoso culo; de lo contrario, no habría esperado todas estas semanas a que te aclarases. Estoy seguro de que, a estas alturas, ya podría haberle encontrado otro marido a su hija.

Apuré medio martini de un solo trago.

—Le saco casi catorce años. ¿Te das cuenta de que estaré esperando a que esa niña cumpla los dieciocho?

—Entonces tendrás que casarte con una viuda. ¿De verdad quieres a una mujer que ya haya estado con otro hombre, después de lo de Gaia? —preguntó en voz queda.

Hice una mueca. La mayoría de los días trataba de olvidar a Gaia, e incluso Daniele había dejado de preguntar por su madre, tras comprender que no iba a volver. Se había vuelto terriblemente callado desde entonces, jamás decía una sola palabra.

—No —repliqué con dureza—. Nada de viudas.

No era solo que no quisiera arriesgarme a repetir la misma historia, sino que, además, todas las viudas del mercado tenían hijos, y yo no quería que los míos tuvieran que compartir su atención con nadie. Mis hijos necesitaban

todos los cuidados y el amor posibles. Estaban sufriendo y, por mucho que me esforzara, yo no era la persona adecuada para dárselos.

—Por el amor de Dios, llama a Rizzo. ¿Cuál es el problema? La chica pronto será mayor de edad.

Le lancé una mirada.

—Otros hombres matarían por tener la oportunidad de disfrutar una vez más de una jovencita *sexy* en la cama y, aun así, tú vas y te haces la víctima cuando se te ofrece una en bandeja de plata.

—Si no fuera porque somos amigos desde niños, te habría cortado un dedo por ese tono —espeté.

—Menos mal que lo somos, pues —respondió Faro mientras alzaba su copa.

\* \* \*

Tras otra noche de berridos, llamé a Felix por la mañana.

—Hola, Felix. Soy Cassio.

—Cassio, me alegro de oírte. Deduzco que has tomado una decisión con respecto a mi hija.

—Me gustaría casarme con ella. —Aquello no era exactamente verdad: la chica era la única posibilidad que tenía de salvar mi cordura—. No puedo esperar mucho. Sabes que tengo dos niños pequeños que necesitan una madre.

—Por supuesto, Giulia es muy cariñosa. Podríamos programar la boda para principios de noviembre, el día después de que cumpla los dieciocho... ¿Te parece?

Apreté los dientes.

—Está bien. Suena razonable.

—Me gustaría que la conocieras antes, así podríamos discutir los detalles del banquete. Va a ser complicado

organizar una boda de tales dimensiones con tan poca antelación.

—¿Insistes en hacer una gran celebración?

—Sí. Giulia es nuestra única hija y mi mujer quiere organizar algo especial para ella. Con nuestro hijo no tuvo la oportunidad de hacer todo lo que le habría gustado. Eso por no mencionar que, debido a nuestro estatus, será un evento social de lo más importante, Cassio.

—Yo no puedo involucrarme en los preparativos. Ya tengo bastante con lo mío, así que tu esposa tendrá que ocuparse de todo.

—Eso no será un problema. Hablaremos de los detalles cuando vengas, ¿de acuerdo? ¿Cuándo te iría bien a ti?

Sybil había pensado en pasar el fin de semana en casa para echarles un ojo a los niños.

—En dos días, pero no podré quedarme mucho tiempo.

—Perfecto. Has tomado la decisión correcta, Cassio. Giulia es maravillosa.

## **Giulia**

Papá estuvo muy raro durante la cena. No dejaba de mirarme como si estuviera a punto de decir algo, pero luego no decía nada. Mamá tenía cara de haber recibido una invitación a la venta exclusiva de la colección de verano de Chanel.

Cuando terminé de cenar, esperé a que papá me diera permiso para levantarme: quería terminar el cuadro que había empezado por la mañana. Ahora que había terminado el instituto, dedicaría el tiempo libre a perfeccionar mis dotes artísticas.

Él carraspeó.

—Tenemos que hablar contigo.

—Vale —dije despacio, alargando la segunda vocal.

La última vez que mi padre había empezado una conversación así, fue para decirme que a mi prometido lo habían matado durante un ataque de la Bratva. Aquello no me afectó tanto como debería haberlo hecho si tenemos en cuenta nuestro futuro en común, pero solo lo había visto una vez, y había sido hacía muchos años. Mamá fue la única que derramó lágrimas amargas, principalmente porque esa muerte implicaba que me había quedado sin prometido a los diecisiete. Aquello era un escándalo en ciernes.

—Te hemos encontrado un nuevo marido.

—Ah.

No es que me pillara por sorpresa que quisieran casarme tan pronto, pero, dada mi edad, sí que había esperado que, al menos, pudiera participar en el proceso de selección de mi futuro marido.

—¡Es un segundo! —estalló mamá, radiante.

Alcé las cejas. Con razón estaba entusiasmada: mi difunto prometido tan solo era el hijo de un capitán, nada por lo que emocionarse demasiado. Al menos, en su opinión.

Me estrujé el cerebro pensando en un segundo que fuese más o menos de mi misma edad, pero no logré dar con ninguno.

—¿Quién es?

Papá rehuyó mi mirada.

—Cassio Moretti.

Me quedé boquiabierta. Papá a menudo me hablaba de su trabajo si necesitaba desahogarse, porque a mamá los detalles no le interesaban lo más mínimo. El apellido Moretti llevaba en las conversaciones varios meses ya: el segundo más cruel de la *famiglia* había perdido a su mujer, y ahora se había quedado solo con dos niños pequeños. Las especulaciones sobre cómo y por qué había muerto su

esposa estaban a la orden del día, pero solo el capo conocía los detalles. Algunos decían que Moretti había matado a su mujer en un arrebato, mientras que otros aseguraban que ella había enfermado por vivir bajo su estricto mando. Los había, incluso, que especulaban con la posibilidad de que ella se hubiera suicidado para escapar de su crueldad. Ninguno de los rumores hacía que quisiera conocerlo, y mucho menos casarme con él.

—Es bastante mayor que yo —dije, al fin.

—Trece años, Giulia. Es un hombre en su mejor momento —me reprendió mamá.

—¿Por qué me quiere?

Ni siquiera lo conocía. Y él a mí tampoco. Y, lo que era peor: yo no tenía ni idea de cómo criar a unos niños.

—Eres una Rizzo. La unión de dos familias importantes siempre es algo deseable —respondió mamá.

Miré a papá, pero él seguía contemplando su copa de vino. Lo último que me había contado sobre Cassio Moretti era que Luca lo había convertido en segundo porque los dos eran iguales: irrevocablemente crueles, despiadados y corpulentos como toros.

Y ahora me entregaba a uno de ellos. A un hombre así.

—¿Cuándo? —pregunté.

A juzgar por la emoción de mamá, los detalles ya debían de haberse decidido.

—El día después de tu cumpleaños —respondió ella.

—Me sorprende que hayáis esperado a que cumpla la mayoría de edad. Como en esta familia se respetan tanto las leyes...

Mamá torció el gesto.

—Espero que abandones esa actitud de sabionda antes de conocer a Cassio. Un hombre como él no tolerará esta insolencia tuya.

Cerré los puños con fuerza por debajo de la mesa. Seguro que había sido mamá la que había apretado las tuercas en el tema del matrimonio. Ella siempre estaba tratando de mejorar nuestra posición dentro de la *famiglia*.

Sonrió y luego se puso en pie.

—Será mejor que empiece a buscar el sitio. Este será el evento del año.

Me dio unas palmaditas en la mejilla, como si yo fuera un caniche pequeñín y adorable que acabara de ganar un trofeo en un concurso de perros, pero volvió a fruncir el ceño al percatarse de mi expresión.

—No estoy muy segura de que Cassio vaya a aprobar ese malhumor... o ese flequillo.

—La niña está bien, Egidia —replicó papá con firmeza.

—Es joven y guapa, pero no sofisticada, ni elegante.

—Si Cassio quiere una dama, debería dejar de asaltar cunas —murmuré.

Mamá ahogó un grito y se llevó una mano al corazón, como si, con ese comentario, yo solita fuera a llevarla a la tumba antes de tiempo. Papá tosió para disimular una risotada, pero ella no se dejó engañar. Lo señaló con un dedo a modo de advertencia.

—Haz entrar en razón a tu hija; ya conoces a Cassio. Siempre te he dicho que deberías ser más estricto con ella.

Se dio la vuelta y desapareció con un crujido de su larga falda.

Papá suspiró mientras me dedicaba una sonrisa cansada.

—Tu madre solo quiere lo mejor para ti.

—Ella quiere lo mejor para nuestra posición. ¿Cómo es posible que casarme con un hombre cruel y mayor sea lo mejor para mí, papá?

—Vamos —dijo mientras se ponía en pie—. Demos un paseo por el jardín.

Lo seguí. Él me ofreció su brazo y yo lo tomé. El aire era cálido y húmedo y me golpeó, casi como una bofetada.

—Cassio no es tan mayor, Giulia. Solo tiene treinta y un años.

Traté de pensar en hombres de su edad, pero lo cierto era que jamás había prestado demasiada atención a los hombres. ¿No tenía Luca, más o menos, esa edad? Pensar en mi primo no fue ningún consuelo; me daba pavor. Si Cassio era igual...

¿Y si era un bruto gordo y asqueroso? Miré a papá y sus ojos castaños se reblandecieron.

—No me mires como si te hubiese traicionado. Ser la mujer de Cassio no es tan terrible como uno podría pensar.

—«Irrevocablemente cruel». Así es como lo definiste, ¿recuerdas?

Papá asintió, algo culpable.

—Con sus hombres y con sus enemigos, no contigo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Por qué murió su mujer? ¿Cómo murió? ¿Y si él la mató? ¿O si abusó tanto de ella que prefirió quitarse la vida?

Respiré hondo para tratar de calmarme.

Papá me apartó el flequillo de la cara.

—Jamás te había visto tan asustada. —Suspiró—. Luca me aseguró que Cassio no tuvo nada que ver con la muerte de su esposa.

—¿Confías en Luca? ¿No me dijiste que está intentando afianzar su poder?

—No debería haberte contado tantas cosas.

—¿Y cómo puede Luca estar tan seguro de lo que le pasó a la señora Moretti? Ya sabes cómo va esto. Ni siquiera un capo se involucra en asuntos familiares.

Papá me agarró por los hombros.

—Cassio no te pondrá una mano encima, si sabe lo que le conviene.

Ambos sabíamos que él no podría hacer nada una vez que me casara con Cassio. Y, siendo francos, papá no era de los que se arriesgan a entrar en conflictos para terminar perdiendo. Luca prefería a Cassio antes que a mi padre: de tener que elegir entre los dos, papá encontraría un final rápido.

—Mañana vendrá a conocerte.

Di un paso atrás, estupefacta.

—¿Mañana?

## **Dos**

### **Giulia**

**M**amá me había dejado muy claro que no conocería a Cassio hasta que nos presentaran formalmente durante la cena. Se suponía que yo debía quedarme en mi cuarto toda la tarde, mientras mis padres y mi futuro marido discutían acerca de mi vida, como si yo fuese una cría de dos años sin opinión. Sin voz ni voto.

Salí a hurtadillas de mi cuarto al escuchar el timbre. Llevaba un vestido peto vaquero y, debajo, una camiseta blanca sin mangas con girasoles. Iba descalza, de modo que no hice ruido cuando, de puntillas, me dirigí al rellano superior para evitar así los escalones que crujían.

Me arrodillé para hacerme pequeña y espíe a través de la barandilla. Por el murmullo de voces, supe que mis padres estaban charlando de cosas insustanciales e intercambiando cortesías varias con dos hombres. Papá entró en mi campo de visión con su sonrisa oficial y seguido de mi madre, que irradiaba felicidad. Aparecieron entonces los otros dos.

No me costó adivinar cuál de ellos era Cassio. Superaba en altura a papá y al otro hombre. Entonces comprendí por qué lo comparaban con Luca: era alto y fornido, y el traje de tres piezas azul oscuro lo hacía parecer aún más

imponente. Su expresión parecía de acero, fría e insondable. Ni siquiera el pestañeo exagerado de mi madre logró arrancarle una sonrisa. Por lo menos su acompañante sí que parecía querer estar aquí. Cassio no se veía mayor, y no estaba gordo en absoluto. Se le intuían los músculos, incluso a través de las varias capas de ropa. Su rostro anguloso lucía una oscura barba incipiente dejada a propósito, no por descuido ni por falta de tiempo.

Cassio era un hombre adulto, un hombre tremendamente imponente y poderoso. Yo apenas había terminado el instituto. ¿De qué se suponía que íbamos a hablar?

Me encantaba el arte moderno, dibujar y hacer pilates. Dudaba que aquello le interesara a un hombre como él. Probablemente, la tortura y el blanqueo de dinero fueran sus pasatiempos favoritos; también, tal vez, tirarse a alguna puta de vez en cuando. La angustia se aferró a mis entrañas. En menos de cuatro meses, tendría que acostarme con ese hombre, con ese desconocido. Con un hombre que tal vez había conducido a su esposa a la muerte.

Sentí un ramalazo de culpa: estaba presuponiendo cosas. Cassio había perdido a su mujer y ahora tenía que encargarse de sus hijos él solo. ¿Y si estaba de luto? Aunque no lo parecía.

Teniendo en cuenta que los hombres de nuestro mundo aprendían desde pequeños a ocultar sus sentimientos, su inexpresividad no significaba nada.

—¿Por qué no vamos a mi despacho, nos tomamos una copa de buen coñac y hablamos del matrimonio? —propuso papá, que señaló el pasillo.

Cassio asintió.

—Voy a asegurarme de que todo vaya bien en la cocina. Nuestro chef está preparando todo un festín para esta noche —dijo mamá, entusiasmada.

Tanto Cassio como su acompañante le dedicaron una sonrisa de cortesía.

¿Aquel hombre sonreiría de verdad alguna vez, con los ojos y el corazón?

Esperé a que todos desaparecieran de mi campo de visión antes de bajar corriendo y meterme en la biblioteca contigua al despacho. Pegué la oreja a la puerta que conectaba con este para escuchar la conversación.

—Esta unión nos beneficiará a ambos —empezó papá.

—¿Ya le has contado a Giulia lo del enlace?

Oír mi nombre pronunciado por la voz grave de Cassio por primera vez me aceleró el corazón. Lo oiría decirlo durante el resto de mi vida.

Papá se aclaró la garganta. Aun sin verlo, sabía que estaba incómodo.

—Sí, anoche.

—¿Y cómo reaccionó?

—Es consciente de que casarse con un segundo es todo un honor.

Puse los ojos en blanco. Habría matado por verles las caras.

—Eso no responde a mi pregunta, Felix —le recordó Cassio, algo molesto—. Tu hija no solo se convertirá en mi mujer; necesito a una madre para mis hijos. Eres consciente de eso, ¿verdad?

—Giulia es muy responsable y cariñosa, toda una... *mujer*. —A papá le había costado pronunciar esas palabras y yo tardé unos instantes en comprender que se estaba refiriendo a mí. Todavía no me sentía una mujer—. En varias ocasiones ha cuidado del hijo de su hermano, y lo ha disfrutado mucho.

Sí, había jugado con el bebé de mi hermano un ratito cuando nos visitaban, pero nunca había cambiado un pañal ni le había dado de comer.

—Te aseguro que Giulia te satisfará.

Se me encendieron las mejillas, y en el despacho hubo un momento de silencio. ¿Habrían malinterpretado Cassio y su acompañante las palabras de papá, como yo?

Papá volvió a carraspear.

—¿Se lo has contado ya a Luca?

—Sí, anoche, tras nuestra llamada.

Se pusieron a hablar de una próxima reunión con el capo, cosa que hizo que desconectara por un instante y me perdiera en mis pensamientos.

—Tengo que llamar a casa. Y a Faro y a mí nos gustaría descansar un poco antes de cenar. Ha sido un día largo — dijo entonces Cassio.

—Por supuesto. Ve por esa puerta, en la biblioteca estaréis tranquilos. Todavía falta una hora para que te presente a mi hija.

Me aparté de la puerta a trompicones cuando oí que los pasos al otro lado se aproximaban. El pomo se movió y yo corrí a esconderme tras una de las estanterías, y me pegué a ella tanto como pude. Desde allí miré hacia la puerta. Cassio y Faro entraron, mi padre les obsequió con otra sonrisa falsa y luego cerró la puerta y me encerró con ellos. ¿Cómo se suponía que iba a salir y regresar al piso de arriba con Cassio y su acompañante ahí?

—¿Y bien? —preguntó Faro.

Cassio se adentró en la estancia y se acercó al lugar en el que me escondía. Tenía el ceño fruncido, pero ya no parecía estar tan alerta.

—Son agotadores. La señora Rizzo en particular. Espero que su hija no se parezca a ella.

Apreté los labios, indignada. Mamá era agotadora, cierto, pero sus palabras me sentaron fatal.

—¿Has visto alguna foto suya? —Faro cogió uno de los marcos de la mesilla y sonrió entre dientes.

Miré a través del hueco entre los libros y abrí mucho los ojos, horrorizada. La había levantado para que Cassio la viese. La foto era de cuando tenía nueve años: sonreía abiertamente, enseñando el aparato; llevaba dos pequeños girasoles, uno a cada lado de las coletas, un vestido de lunares y botas rojas de goma. A papá le encantaba esa foto mía y se había negado a quitarla de ahí, a pesar de las protestas de mamá. Ojalá le hubiera hecho caso.

—Joder, Faro. Deja eso —gruñó Cassio, brusco, lo que hizo que me encogiera—. Me siento un puto pedófilo mirando a esa cría.

Faro volvió a dejar el marco en la mesilla.

—Es mona. Podría ser peor.

—Espero sinceramente que ya no lleve el aparato, ni ese flequillo horrible.

Me llevé una mano al flequillo y sentí una mezcla de rabia y vergüenza.

—Bueno, al *look* de colegiala le va que ni pintado.

—No quiero follarme a una maldita colegiala.

Me estremecí y mi codo topó con un libro, que cayó al suelo.

Oh, no. El silencio se adueñó de la estancia.

Miré frenéticamente a mi alrededor para buscar una escapatoria. Agaché la cabeza y traté de deslizarme al pasillo contiguo, pero fue demasiado tarde. Una sombra cayó sobre mí y choqué con un cuerpo fibroso, duro. Trastabillé de nuevo hacia la estantería, me golpeé el coxis con la madera y aullé de dolor.

Alcé la cabeza, con las mejillas ardiendo.

—Lo siento, señor —solté. Al cuerno con mi educación.

Cassio me miró, ceñudo. Y, en ese momento, se le encendió la bombilla.

¿Primeras impresiones? Bueno... Podrían haber sido mejores.

## Cassio

—Lo siento, *señor*.

Bajé la mirada hacia la chica que tenía delante. Me miraba con unos enormes ojos azules y los labios entreabiertos. Entonces caí en la cuenta de quién era. Giulia Rizzo, mi futura mujer.

La miré fijamente. A mi lado Faro se aguantaba la risa, pero a mí eso no me hacía ni puta gracia. La mujer —la chica, más bien— que en menos de tres meses se convertiría en mi esposa acababa de llamarme *señor*.

Mis ojos recorrieron su cuerpo y repararon en los pies descalzos, las piernas esbeltas, el horrible vestido vaquero y la florida atrocidad que llevaba como camiseta. Al fin, mis ojos se detuvieron en su rostro. Seguía llevando el mismo flequillo, pero el resto de su cabello era largo y ondulado, y le caía sobre los hombros desnudos.

Al ver que no la dejaba pasar, alzó la mirada y se tensó, visiblemente sorprendida ante mi atención.

Tuve que admitir que el flequillo no le quedaba tan mal. Era muy guapa, una chica encantadora. Y ese era el problema. Vestida como iba, tenía aspecto de adolescente, no de mujer. Y, definitivamente, no de esposa ni mucho menos de madre.

Se tocó el flequillo con dedos temblorosos mientras el rubor se adueñaba de sus mejillas.

Debía de haber oído todo lo que habíamos dicho.

Suspiré. Todo aquello era una mala idea. Lo había sabido desde el principio, pero el acuerdo ya se había formalizado y ahora ya no había vuelta atrás. Se convertiría en mi esposa y, con suerte, no volvería a llamarme señor.

Dejó caer la mano y se enderezó.

—Disculpe, señor, no pretendo ofenderlo, pero no deberíamos estar solos sin supervisión, y mucho menos tan cerca el uno del otro.

Faro me lanzó una miradita, a punto de descojonarse.

Miré a Giulia con los ojos entornados, sin apartarme y sin dar un paso atrás, pero tuve que admitir que me gustó que se enfrentara a mí, a pesar del poder que yo tenía.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, sé que usted es el segundo de Filadelfia, pero yo estoy bajo la potestad de mi padre y no la suya y, aunque así fuera, el honor me prohibiría quedarme a solas con un hombre con el que no estoy casada.

—Cierto —convine tranquilamente—, pero en menos de cuatro meses serás mi esposa.

Alzó la barbilla para tratar de parecer más alta. El numerito impresionaba, pero los dedos temblorosos y los ojos, exageradamente abiertos, la delataban.

—Tal como yo lo veo..., nos estabas espiando. Estábamos manteniendo una conversación confidencial, que tú has interrumpido sin permiso —dije en voz baja.

Ella apartó la mirada.

—Yo ya estaba en la biblioteca cuando ustedes han entrado y me han dado un susto.

A mi lado, Faro estalló en carcajadas. Lo acallé con una mirada y suspiré pesadamente. No tenía paciencia para los dramas. En varias semanas apenas había dormido una noche entera. Las asistentes se encargaban de casi todo, pero el llanto de Simona me despertaba igualmente por las noches. Necesitaba a una madre para mis hijos, no a otra cría de la que hacerme cargo yo.

—Faro, ¿puedes dejarnos un momento a solas?

Giulia me miró, insegura y todavía arrinconada contra la estantería. Yo di un paso atrás para dejarle el espacio adecuado. Faro se marchó y cerró la puerta tras de sí.

—Esto es inapropiado —insistió ella con voz suave.

—Necesito hablar un momento contigo a solas. Luego tus padres estarán por aquí y no tendremos ocasión de hacerlo.

—Ya se encargará mi madre de hablar. Es *agotadora*.

¿Se estaba burlando de mí? Su expresión era, a la vez, curiosa y cauta.

—No tenías que oír eso. —Hice un gesto hacia los sillones—. ¿Hablamos?

Ella ladeó la cabeza como si tratara de entenderme.

—Por supuesto.

Esperé a que ella tomase asiento antes de hacerlo yo. Cruzó las piernas y se retocó el flequillo una vez más, pero, al notar que la observaba, se sonrojó y arrugó la nariz.

—Le agradecería que no le dijera a mi madre nada de esto...

—No me llames señor —gruñí.

Ella hizo una mueca, turbada.

—¿Y cómo se supone que debo llamarle?

—¿Qué tal Cassio? Seré tu marido dentro de poco.

Ella suspiró, temblorosa.

—En noviembre.

—Sí, en cuanto cumplas los dieciocho.

—¿Acaso importa? ¿Qué diferencia hay? ¿Cómo van unos pocos meses a convertirme en una esposa adecuada si ahora mismo no lo soy?

—Seguirás siendo demasiado joven de cualquier modo, pero me sentiré más cómodo si me caso contigo cuando seas oficialmente mayor de edad.

Ella apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Tengo dos hijos pequeños que precisan de cuidados. Daniele tiene casi tres años y Simona cumplirá diez meses cuando nos casemos.